“Viajeros hispanoamericanos a Oriente árabe”

"Hispano-American travelers to the Arab East"

DOI: 10.46932/sfjdv3n1-063

Received in: Jan 30st, 2021

Accepted in: Feb 1th, 2022

María Olga Samamé Barrera

Doctora en Literatura con mención en Literatura Chilena e Hispanoamericana, Universidad de Chile,

Magíster en Literatura, Universidad de Chile,

Licenciada en Literatura, Universidad de Chile,

Licenciada en Filosofía con mención en Lengua Árabe, Universidad de Chile

Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Árabes, Universidad de Chile

Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025, Ñuñoa, Santiago, Chile

E-mail: msamame@uchile.cl / msamame7@gmail.com

RESUMEN

En este trabajo se presenta a dos viajeros hispanoamericanos que realizaron un viaje al Oriente árabe, durante el primer tercio del siglo XX. Este espacio se definía por su fanatismo religioso, su barbarie, su estancamiento cultural, su desenfadada sexualidad y pereza, donde la presencia de Occidente se justificaba porque se había convertido en el ente civilizador de aquel en todos sus aspectos. La escritura de estos dos viajeros carece de un sentimiento colonial explícito, aunque construyan al árabe como un ser inferior, demuestra que los itinerantes no realizan su viaje con un afán edificante, sino para describirlo en el aspecto físico, la fe y las costumbres de sus habitantes, en una suerte de liberación personal.

Palabras claves: viajero colombiano, viajero chileno, descripción, orientalismo, modernidad.

ABSTRACT

This paper presents two Spanish-American travelers who made a trip to the Arab East during the first third of the twentieth century. This space was defined by its religious fanaticism, its barbarism, its cultural stagnation, its casual sexuality and laziness, where the presence of the West was justified because it had become the civilizing entity in all its aspects. The writing of these two travelers lacks an explicit colonial feeling, although they construct the Arab as an inferior being, it shows that the travelers do not make their trip with an edifying eagerness, but to describe it in the physical aspect, faith and customs of its inhabitants, in a sort of personal liberation.

Keywords: Colombian traveler, Chilean traveler, description, orientalism, modernity.

Hacia fines del siglo XIX y primer tercio del XX, algunos viajeros pertenecientes a una parte de la aristocracia hispanoamericana se dirigían principalmente al Oriente, para visitar los lugares santos y fortalecer su religión predominantemente católica; otros, que se hallaban en Europa, optaban por incorporarse y realizar el Gran Tour en las navieras que cruzaban el mar Mediterráneo hacia el continente africano, donde el colonialismo europeo todavía gozaba de sus posesiones. La mayoría de estos viajeros hispanoamericanos tenía un modelo de cultura cercana a la élite europea, mayormente parisina, conocedora de las ciudades antiguas de Oriente. También conocían a autores como Chateaubriand, Lamartine, Volney, Flaubert, Nerval y artistas como Ingres, Delacroix, Jérôme, además de haber leído las célebres *Las mil y unas noches*. Junto a esta cultura de desplazamientos, los viajeros hispanoamericanos tenían un conocimiento de Oriente mediante las publicaciones de Domingo Faustino Sarmiento. En consecuencia, fascinados algunos de estos viajeros por este otro espacio, esta otredad, se dedicarán a transcribir, desde sus diferentes perspectivas, este ritual de cruzar las costas africanas y visitar lugares determinados para ver, aprender y completar su cultura con los espacios del Magreb.

Es dable destacar que ciertas descripciones de impronta ecfrástica del espacio humano y la naturaleza visitada les produjo, a menudo, desencanto e incomodidad la cual sublimaron y mitigaron en su escritura de viajes, realizada años más tarde con sus investigaciones personales, esto es, en el momento de reproducir el viaje, la completaban con datos obtenidos de manuales de historia y geografía innominados, con folletos turísticos, o con fragmentos bíblicos, en el caso de seguir las huellas de Jesús en los lugares sacro jerosolimitanos. Así, le proporcionaban al lector un documento más erudito, haciéndole sentir y evocar, mediante la lectura, una imagen vívida de Oriente (Pimentel 2001), esto es, describiéndole cómo fue la historia de esos lugares, la geografía de los mismos, cómo era otrora esa cultura y qué efectos habían tenido los avances tecnológicos que le había proporcionado Occidente.

En este trabajo se presenta a dos viajeros hispanoamericanos que realizaron este viaje al Oriente árabe, o Grand Tour, durante el primer tercio del siglo XX a quienes les reveló que, en una primera instancia y en términos saidianos, en este Oriente se accedía a una nueva realidad, definida por su fanatismo religioso, su barbarie, su estancamiento cultural, su desenfadada sexualidad y pereza, y que la presencia de Occidente se justificaba porque se había convertido en el ente civilizador de aquel en todos sus aspectos. No obstante, es preciso señalar que ese orientalismo eurocéntrico, tan arraigado en los itinerantes europeos, la escritura de viaje de estos dos viajeros contiene, además, otras características de impronta ecléctica que los distancian un poco de los viajeros europeos a Oriente, esto es, carecen de un sentimiento colonial explícito, aunque construyan al árabe como un ser inferior, y demuestra que los itinerantes no realizan su viaje con un afán edificante, sino para describir este espacio oriental en el aspecto físico, la fe y las costumbres de sus habitantes, en una suerte de liberación personal.

HE AQUÍ LOS DOS AUTORES SELECCIONADOS:

El primero, Alejandro Botero González¹ (¿1885-1944?), colombiano, tituló su viaje *De las pirámides a los Alpes. París, Egipto, Palestina, Siria, Turquía, Grecia, Italia* (1946, libro póstumo). Su viaje propiamente tal lo realizó, según su propio relato, en pleno invierno, entre los meses de junio a julio de 1926. El intelectual señaló a sus amigos que no era un libro para la venta, sino para quienes disfrutaban la emoción del viaje. Asimismo, el prologuista aclara que fue escrito “en pocas horas, forzando la lámpara mágica del recuerdo”, eso sí, con “la impresión de los años” (pág. IX). Treinta y un capítulos titulados constituyen su relato de viaje, en el cual anota sus experiencias con carácter íntimo y espiritual. Esta aproximación solo se refiere a la parte Oriental.

El autor, narrador y personaje Botero inicia su periplo con afán motivador para ese lector que se proponga viajar, con los medios de comunicación del momento, para conocer en profundidad la humanidad y enriquezca su pensamiento, intelecto y estética. En virtud del viaje, señala el autor, se puede conocer mejor a “los hombres, sus costumbres y el modo de ser de los pueblos” (13), y también se moldea el sentimiento patriótico. Al describir su permanencia en París, que despliega en excesivas páginas, con una profusión de datos históricos y culturales, manifiesta y fortalece su formación intelectual francesa. Es en el preámbulo a Oriente donde Botero le proporciona otros consejos al lector antes de viajar: debe aprender inglés o francés, porque se hablan en Europa, Asia y África - en estos dos últimos continentes todavía sometidos al colonialismo-. Debe cuidar el pasaporte, tener dinero suficiente y actuar con discreción. En suma: el relato se convierte en una guía para el viajero.

La ciudad de Marsella le permite ofrecerle al lector los hitos históricos de la misma, pero también, en términos saidianos, señalarle que la presencia de bárbaros y sarracenos² le causó mucho daño. Al desembarcar en Alejandría, el narrador Botero con una visión eurocéntrica se esmera en anticiparle al lector que el encuentro con Oriente no fue agradable: “aquel horrísono conglomerado humano, con su estridente vocinglería se me antojaba una reencarnación de las hordas beduinas galopando por el desierto de Libia...” (44) además, lo rodeaban “gentes harapientas, con su lacras al desnudo” (44) que le pedían el “bachiche”³; posteriormente, relata que fue transportado al hotel occidental en famélicos y fétidos animales y conductores. Por ello, el hotel se transforma en el refugio civilizador del narrador, es decir, su eurocentrismo se fortalece cuando conoce la ciudad y se detiene en la parte europea, “admirando sus bellos y confortables edificios, residencias invernales de los ingleses” (53). La visita a las pirámides y otras

¹ Alejandro Botero González, escribió varios libros de viajes que realizó por Europa, Estados Unidos y el Medio Oriente.

² Este vocablo lo usaba la cristiandad medieval para designar a todos los árabes; a partir del siglo XVII se empleaban los términos musulmán, mahometanos, etc. Las fuentes medievales francesas empleaban “sarrasins”, a partir de la invasión musulmana detenida en la Batalla de Poitiers

³ bachiche es, en la transcripción árabe del Al Andalus, bajšiš, es propina

ciudades le permite desarrollar sus conocimientos adquiridos sobre la cultura egipcia, que reitera cuando llega a Palestina, lugar donde se produjeron grandes batallas entre “los cruzados contra los sarracenos” (83). En el espacio jerosolimitano el viajero postula su tesis sobre el dilema judío-palestino, atribuyendo a los árabes la pérdida de su territorio, cuando vendieron terrenos sin cultivar a las colonias judías europeas, cuyas fisonomías –añade- son diferentes a las de los judíos de Oriente. En Belén reprueba las disputas de las distintas confesiones cristianas por el control de los santos lugares, pues dan un triste espectáculo, así como la venta desmedida de mercancía sacra. Las descripciones de Samaria y Galilea obedecen a las investigaciones del viajero, mientras que sus representaciones ecfrásticas del paisaje que lo llevan a Siria están plenas de belleza, admitiendo que “Mahoma había colocado en Damasco uno de los cuatro paraísos terrenales” (121), a pesar de las calles estrechas y mal cuidadas que son, según su opinión, un rasgo propio de las ciudades árabes y que contrastan con la belleza de los palacios y sus mobiliarios, las mezquitas, los coloridos bazares y los jardines. Sin embargo, utiliza la descripción del harén para referirse a la actitud vengativa de los árabes, advirtiéndole, una vez más al lector que, si va a estas tierras mahometanas, no proclame sus dotes donjuanescas. Finalmente en Damasco, este viajero católico comenta la conversión de Saulo, los grandes santuarios musulmanes, la tumba de Saladino⁴, la muerte de cristianos y la defensa de los mismos por Abdel Kadir⁵, quien enarboló la bandera francesa en defensa de las víctimas pudiendo evitar, con gallardía, el exterminio completo de los católicos y volver al orden a las enfurecidas hordas” (128).

No obstante esta postura eurocéntrica del autor, revela un orientalismo más atenuado, y tal vez compasivo, en relación con el destino de los árabes: “el viajero que marcha a Oriente (...) creyendo encontrar intactas las costumbres musulmanas que éstos describieron en su odisea, sufre una desilusión muy grande. Las Grandes Potencias Occidentales han ido asimilando los pueblos orientales a su civilización. La Odaliscas y Sultanes de la fantásticas tradiciones árabes, son hoy un mero recuerdo, una leyenda, para mantener viva la llama de la historia de la grandeza islámica” (139).

El segundo narrador viajero es el intelectual chileno Carlos Orrego Barros⁶ (1882-1969) quien escribe su experiencia en África en su libro *Un viaje a Egipto* (1931). En el prólogo, fechado en Londres, en 1930, el autor expone su metodología de escritura, esto es, contará su viaje empleando el diálogo ameno

⁴ Saladino (Al-Nāsir Salah ad-Dīn Yūsuf ibn Ayyūb, más conocido como Saladino, cuyo significado es “la honradez de la fe”, nació en Irak en 1138 y murió en Damasco en 1193. Conquistó Jerusalén como gran defensor del islam y logró unificar política y religiosamente el Oriente Próximo, después de combatir con los cruzados cristianos.

⁵ Abdel Kadir (1808- 1883), argelino destacado del siglo XIX, considerado fundador de la nación argelina, líder de la resistencia frente al colonialismo francés y creador del estado moderno.

⁶ Carlos Orrego Barros, sobrino nieto de Diego Barros Arana, rector de la U de Chile, un pedagogo, diplomático e historiador chileno, considerado uno de los principales intelectuales liberales del siglo XIX. Su obra cumbre fue la *Historia General de Chile*.

y personal con amigos de su invención, y así evitar la pedantería de señalar los datos históricos que ha obtenido personalmente en los centros importantes de Europa, el British Museum y el Louvre, para su investigación de Egipto. Para él, este viaje es su primer ensayo literario.

El narrador viajero inicia su periplo con la partida⁷ (Campbell) o despedida⁸ (Omar Ette) de Londres, motivado por un aviso en *The Times* sobre un viaje a Egipto “en donde brilla el sol”, (14) para, así, continuar sus investigaciones egiptológicas en el Museo del Cairo. Una vez embarcado en el vapor “Oxford”, el lector observa el desfile de personajes que dialogan acerca de diversas temáticas y que hacen más breve la travesía. Al llegar a la isla de Malta algunas conversaciones se vinculan con lo árabe y se distancian de un orientalismo saidiano: “Los árabes, dijo Cristina, han dejado no solamente su influencia en el idioma, que es muy grande, sino en las costumbres: las mujeres están reclusas en sus casas, a lo más asomadas a sus ventanas cubiertas de pesadas celosías, y si por si acaso salen a la calle – a misa por ejemplo- van con largas sayas negras y envueltas en un manto negro que les cubre gran parte del rostro”(61). En las proximidades de Egipto, el viajero describe y enaltece la historia egipcia, con sus avances científicos en la época faraónica, los productos que se obtienen de los canales y regadíos del Nilo; sin embargo, en Alejandría, durante la inspección de los pasajeros, el narrador-viajero exterioriza un orientalismo adormecido, al comparar ambos mundos: “Vamos de países fríos, en pleno invierno, famosos por sus condiciones sanitarias perfectas, a una tierra cálida, con poblaciones mugrientas, en donde imperan toda clase de males, y sin embargo, ¡qué de exigencias de todo orden, incluso de dinero, tienen para con nosotros!”(109) Y en materia de pasaportes el malestar es evidente, debido a la ruptura o quiebre de la imagen del otro (Todorov 1991), cuando el viajero-narrador se enfrenta a la dificultad de hacer corresponder su imagen preconcebida del mundo nuevo, visibilizando su orientalismo: “¡Qué confusión producen estos demonios, hablando en todos los idiomas, adueñándose por la fuerza de cualquier maleta a pesar de las protestas de sus dueños! (...) y para arrancarles propinas colosales sin motivo alguno (...) hasta donde me alcanza una nube de personajes tenebrosos (...) tengo que pedirle a un oficial europeo que me libre de la canalla”(110). El viajero trata de reconstruir la imagen del mundo oriental y ofrecer al receptor una nueva imagen de Oriente, pero es dificultoso porque, si bien “Alejandría lleva un nombre ilustre el viajero espera y exige encontrar, -si no incrementada- al menos intacta toda la herencia de grandeza, y como ésto no es posible, el desencanto inevitable le impide apreciar la importancia real y efectiva” (110). En efecto, encuentra que Alejandría es una ciudad más, con “todos los signos de su prosperidad material (...) nada de su pasado glorioso” (111). Solo le atrae de esta ciudad la gente con su vestimenta oriental: largos camisones y “pies descalzos y más negros aún (...) y su cabeza con “un largo

⁷ Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1959.

⁸ Ette, Ottmar. *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2001.

turbante de color vivo, invariablemente mugriento” (111). Solo en parte se concilia su visión de Alejandría cuando la reconoce como un gran puerto bullicioso. Al llegar a la estación cairota describe la población multicolor y gesticuladora “pero que no parece más alegre, a pesar del sol y de la linda luz de Egipto, que la muchedumbre londinense envuelta en brumas” (112).

El narrador-viajero recorre El Cairo en compañía de un traductor. Describe ecfrásticamente, en forma de negación o rechazo, el espacio humano multicultural que contiene edificios vulgares, gente sucia, enferma, fétida, tuerta, con moscas en los ojos y, por consiguiente, el viajero siente temor de enfermarse. Concluye diciendo que “es imposible estar aquí, la tierra ahoga, los olores son inaguantables, nauseabundos”. (119). No obstante, esta descripción se vuelve contradictoria cuando su recorrido termina en los bazares de abigarrados oficios que llaman su atención, especialmente por la venta de perfumes y otros productos, ofrecidos en diferentes idiomas que emplean para el regateo y la oferta.

La visita al Museo de El Cairo evidencia el conocimiento libresco y las investigaciones personales del autor-viajero que comparte con sus ficticios interlocutores. En una de sus conversaciones se plantea la posición anticolonialista del narrador y el anhelo de un gobierno nacional, alejándose de todo orientalismo. En efecto, se destacan las cualidades morales e intelectuales del pueblo egipcio que han perdurado a través de los tiempos, aun cuando han debido pedir ayuda a “los salvajes contemporáneos” (142), esto es, al colonialismo, cuyos actuales gobernantes “no son tiranos, ni pretenden mandarnos, pero se nos constituyen en parásitos insoportables” (142). El narrador termina reflexionando “que los políticos egipcios de la actual generación, plantean el difícil problema del gobierno nacional” (142).

La visita a las Pirámides, un espacio abierto, con una avenida frondosa con tranvías, burros y camellos, es para el viajero “una mezcla de progreso y atraso, una mezcla de Oriente y el Occidente que llama la atención.” (143) Y subir a aquellas no implica el peligro de antes cuando “los pícaros beduinos subían a los extranjeros hacia lo alto de la Pirámide (...) aprovechaban el natural temor de éstos para exigirles una buena propina bajo la amenaza de dejarlos abandonados en la mitad de la bajada” (144). Por el contrario, el narrador agradecido de sus guías les da la propina y critica el sistema local: “No me pareció imposible el hecho, pues en Oriente todos tiranizan al que está más abajo” (148).

El viajero despliega un examen crítico y orientalista en la descripción de la Universidad de Al Azhar. Reconoce la relevancia política, social y religiosa que tuvo, desde su fundación, para los árabes y el mundo mediterráneo, pero, ahora, es una institución paralizadora, a pesar de ser una de las más antiguas y tener “un pasado glorioso que solo ella ignora” (162). En efecto, este narrador, que la ha visitado en varias ocasiones, advierte que, en la actualidad, solo es un centro de enseñanza que preparan ulemas versados en los saberes religiosos alcoránicos, con métodos memorísticos y sin capacidad reflexiva, pues excluye a las demás ciencias, permaneciendo todavía “las cadenas de prejuicios y de intereses creados,

de ignorancia, que hoy mantienen a esta Universidad esclavizada en la más atroz de las rutinas, en la más denigrante miseria intelectual”(159-160). Asimismo, este escenario opresivo ha perjudicado y ha llevado al servilismo de la mujer egipcia.

Cuando se encuentra frente a los templos de Saqqara, el narrador se explaya con sus conocimientos históricos y arquitectónicos, atribuyéndoles su ruina y desaparición ulterior a la opresión, la angustia y el clamor del pueblo esclavizado. Mientras que la represa de Asuan, las ruinas de Luxor, el Valle de los Reyes, Karnak, estimulan los diálogos y las reflexiones del viajero y sus amigos ficticios, los cuales configuran nuevamente la historia y el arte pretéritos de estos monumentos.

No obstante, el narrador reflexiona si acaso la industrialización occidental de la caña de azúcar que comenzaba, a operar en Minya, conseguirá sacar al egipcio de su natural sentimiento de ser una raza infeliz y sometida. Al parecer, sospecha que este contacto con Occidente le permitirá anhelar y conseguir libertades impensadas.

COLOFÓN

El viaje del colombiano Alejandro Botero se transforma en una descripción histórica y geográfica del territorio visitado y en una guía para el futuro visitante. Como orientalista muestra al lector una visión global, estática (Bhabha), pues se sitúa desde una atalaya donde pretende abarcar un paisaje pleno de culturas pretéritas, cuna de religiones, comunidades sometidas en las cuales proyecta su propia visión, obtenida de sus investigaciones.

Diferente es el relato de viaje del chileno Carlos Orrego Barros. Escrito entre guerras, plantea dos vertientes: una relacionada con su afán de mostrar el viaje como un ensayo literario y, otra, de expresar dentro de su orientalismo, señales de la resistencia que, al parecer, oponían los árabes musulmanes al cambio que les ofrecía la modernidad.

Finalmente, desde otra perspectiva, se puede proponer que estos autores y sus libros de viajes, que han permanecido semiignorados por el público, contribuyen para el conocimiento y el canon tradicional hispanoamericano.

BIBLIOGRAFÍA

Botero González, Alejandro. *De las pirámides a los Alpes. París, Egipto, Palestina, Siria, Turquía, Grecia, Italia*. Manizales-Colombia: Zapata, 1946.

Bhabha, Homi. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2007.

Orrego Barros, Carlos. *Un viaje a Egipto*. Santiago de Chile: Prensas de la Universidad de Chile, 1936.

Pimentel, Luz Aurora. *El espacio en la ficción. Ficciones espaciales: la representación del espacio en los textos narrativos*. México: Siglo XXI, 2001.

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultural Económica, 2010.

Said, Edward. *Orientalismo*. Barcelona: Editorial Debolsillo, 2003.

Tinajero, Araceli. *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*. EE.UU: Purdue University, 2004.

Tzvetan Todorov (1991). *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana* (México: Siglo 21.